

26°. Domingo Ordinario C/2013

Las lecturas de este domingo hablan de los efectos perjudiciales del egoísmo. Nos muestran el drama que sucede en la vida de los que se preocupan solamente de sus intereses. Nos invitan también a que seamos sensibles a las necesidades y el sufrimiento de nuestros semejantes.

En la primera lectura, el profeta Amós denuncia la actitud de los ricos del país. Muestra que su placer en el lujo y complacencia los ha hecho insensibles a la ruina de Jerusalén. Muestra también que les llegará la desgracia, porque serán golpeados por el exilio y la deportación.

Lo que este texto nos enseña es que el egoísmo y la indiferencia son cosas malas. Los que practican esto serán las víctimas de sus efectos perjudiciales. La idea que debemos tener es que las posesiones materiales y la riqueza son regalos recibidos de Dios. Por eso, debemos vivir en solidaridad y compartir lo que tenemos con los necesitados y los pobres.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús habla de la parábola del hombre rico y del pobre Lázaro. El Evangelio comienza con la descripción del estado físico de Lázaro como pobre, enfermo y hambriento. Muestra que el hombre rico no hizo caso de él, aunque éste durmiera frente a su puerta. Muestra también que a pesar de su deseo de alimentarse con las sobras que caían de la mesa del rico, Lázaro no podía obtener nada.

A su muerte, sin embargo, sus destinos fueron diferentes. Mientras Lázaro fue a un lugar de alegría donde estaba con Abraham, el hombre rico fue a un lugar de sufrimiento y de tormento. Viendo a Lázaro en la alegría, quería un poco de su ayuda, pero no podía obtener nada.

Abatido por el contraste de sus diferentes destinos, el hombre rico sugirió a Abraham que devolviera a la tierra a Lázaro para que advirtiera a sus hermanos todavía vivos para que evitaran el error que él cometió y, así, no tuvieran la miseria que él tenía en ese lugar.

Pero, Abraham no aceptó su petición. Al contrario, le recordó como eran sus vidas de diferentes en la tierra. Le dijo que era como un abismo inmenso que existía entre ellos y que nadie podía cruzarlo.

Como el hombre rico insistía para que Abraham enviara a alguien de entre los muertos y así su argumento fuera irresistible para sus hermanos, Abraham le recordó que ellos tenían a Moisés y a los profetas para escucharlos. En esta perspectiva, la imposibilidad de escuchar no puede cambiar en nada nuestro destino, aun si alguien viniera de entre los muertos.

Este Evangelio es muy importante para nuestra vida. El punto que quiero traer hoy es el drama de la indiferencia humana y el pecado de omisión. De hecho, al comenzar la misa, decimos, "Confieso... que he pecado mucho... de pensamiento, palabra, obra y omisión". Quizás, recitamos esta oración como una fórmula sin medir el impacto de las palabras que usamos. La parábola de hoy nos da una oportunidad para pensarlo.

De hecho, lo que nos toca mucho en la parábola es que el hombre rico es condenado cuando no hizo nada malo. En verdad, él no dañó a Lázaro o lo maltrató. Tampoco no

era responsable de su situación. ¿Pero, por qué es condenado ahora como si él fuera un criminal? ¿No decimos que “el cielo ayuda a los que se ayudan”? ¿No es verdad que Lázaro debería hacer todo su esfuerzo para deshacerse de su pobreza?

Según la parábola, el pecado del hombre rico no es sobre algo que hizo contra Lázaro, sino lo que no hizo. Su pecado es el de la omisión. No solo ignoró a Lázaro que mendigó cada día en frente de su casa, sino que también permaneció indiferente a su sufrimiento.

De hecho, la indiferencia nos hace insensibles y sordos al grito de nuestros semejantes que sufren. Nos impide vivir en la solidaridad con ellos. Nos empuja a mirar el sufrimiento de los otros y a preocuparnos solamente de nuestros intereses. Al final, la indiferencia nos guarda lejos de Dios que se identifica con el pobre y el necesitado.

¿Significa esto que debemos resolver todos los sufrimientos en el mundo como si todo dependiera de nosotros? No. El problema es la posición que tomamos en cuanto al necesitado y al pobre, sobre todo cuando es posible aliviar su sufrimiento.

Por eso, la privación en la cual el hombre rico está ahora es algo que se ha creado a sí mismo a causa de su indiferencia pecaminosa. La manera que vivió en la tierra ha resultado en lo que le pasa ahora en el otro mundo. En esta perspectiva, entendemos por qué el drama de nuestra vida comienza en la tierra antes de ser consumado en el cielo.

¿Cuáles son las consecuencias de esta visión? Lo primero es la importancia del tiempo presente. Como San Pablo dice, “Si usted oye hoy su voz, no endurezca su corazón”. De hecho, hoy es un tiempo de arrepentimiento y conversión, no mañana. Hoy es un momento que Dios nos da a fin de acercarnos a él. Hoy es una oportunidad que no podemos dejar pasar sin hacer algo para nuestra salvación.

El segundo es la importancia de la palabra de Dios. De hecho, la palabra de Dios que escuchamos hoy es la base de nuestra fe y la medida de nuestra futura vida. Por eso el hombre rico se equivocaba al pensar que si alguien de entre los muertos les decía lo que les pasaría, sus hermanos cambiarían su actitud. Del mismo modo, nuestra fe no está basada en la aparición de los fantasmas, sino en la palabra de Dios traída a nosotros dentro de la Iglesia. No hacer caso de la palabra de Dios y buscar un milagro a fin de creer es un error, porque nuestro fracaso al escuchar a las escrituras puede conducir a nuestra ruina eterna.

Oremos, entonces, porque el Señor nos ayude a abrir nuestros corazones a los sufrimientos de nuestros hermanos y hermanas. Pidámosle porque nos haga sensibles a la situación de nuestros semejantes en la necesidad y que los ayudemos según nuestros medios y habilidades. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Amós 6, 1. 4-7; 1 Timoteo 6, 11-16; Lucas 16, 19-31



Fecha de la Homilía: el 29 de Septiembre, 2013

© 2013 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20130929homilia.pdf